

***EL DESCUARTIZADO  
EN EL  
CINE ORIENTE***

*José Alfredo Píera Pellicer*

En plenos calores valencianos, el 30 de junio de 1.950, en las proximidades del ferrocarril a Barcelona, se encuentra un bulto conteniendo las extremidades inferiores y superiores de un hombre dentro de un cesto de paja y en estado de putrefacción. La Comisaría de Ruzafa (Valencia) inicia las diligencias esclarecedoras de las causas de tan macabro hallazgo, sin resultado.



Tres días después, en un solar de la calle Sueca, esquina a la de Denia, aparece una caja de gran tamaño y en su interior dos sacos, atados con cuerdas, incluyendo cada uno de ellos la mitad de un tronco humano, seccionado por la cintura y descompuestos. El vigilante nocturno del barrio es el primero en verlo, alguien ha debido dejarlo allí hace poco tiempo, pues apenas unos momentos antes estuvo de conversación con la esposa del conserje del Cine Oriente, de la que se separó para acudir a una llamada. Al volver, minutos después, encontró la caja en la esquina.



Este segundo hallazgo intensifica las gestiones policiales, vigilándose especialmente el sector de las calles Denia y Sueca, pues las circunstancias con que el paquete ha sido depositado revelan que el mismo procede de la cercana vecindad. Aun se concreta algo más, los espectadores del cine y los vecinos del inmueble en que funciona el espectáculo se quejan de un hedor harto perceptible, atribuido por el dueño del local a las ratas muertas por el veneno que colocan para erradicarlas.

Hasta el Jefe Superior de Policía de Valencia interviene personalmente en el asunto. Pese a la explicación del propietario del cine, los investigadores relacionan los olores de la casa con los hallazgos. Pretenden interrogar al conserje, no es posible, ha salido inopinadamente hacia Barcelona en virtud de un telegrama recibido la noche anterior a su salida, al menos eso manifiesta la esposa María López Ducos, y así se lo dice al vigilante nocturno con el cual conversa hasta altas horas de la madrugada, una vez

finalizada la función de cine, alegando que no puede dormir a causa del calor. El vigilante no cree lo del telegrama, habría pasado por sus manos al entregarlo el repartidor de noche y él no vio a nadie.

La Policía sabe estas y otras cosas en apariencia menos significativas, como que María no está casada, si no amancebada con el conserje Salvador Rovira Pérez, de cuarenta y cinco años y antecedentes policiales. Tiene esposa legítima, aunque se halla separado de ella desde hace siete años, pasándole una pensión. Desde entonces vive con María López, mujer de carácter violento, sólida contextura física y muy enamorada de él, mujeriego y borracho. Menudean los altercados familiares con fuertes riñas, saldadas por ambas partes con arañazos y hematomas.

El repentino viaje a Barcelona extraña a una sobrina del conserje, por qué su tío marchó con lo puesto, sin maleta, lo cual desbarata la versión difundida por María de que Salvador pensaba pasar a Francia.

Interrogada María López, nada se obtiene, como negativo es también el registro efectuado en su domicilio, donde la fetidez es más perceptible sin duda por estar cercano al lugar donde se acumulan las ratas muertas. Se le deja en libertad, pero sin cesar su estrecha vigilancia. Apenas regresa al domicilio comienza a quemar espliego, pues el tufo aumenta haciéndose cada vez más intolerable.



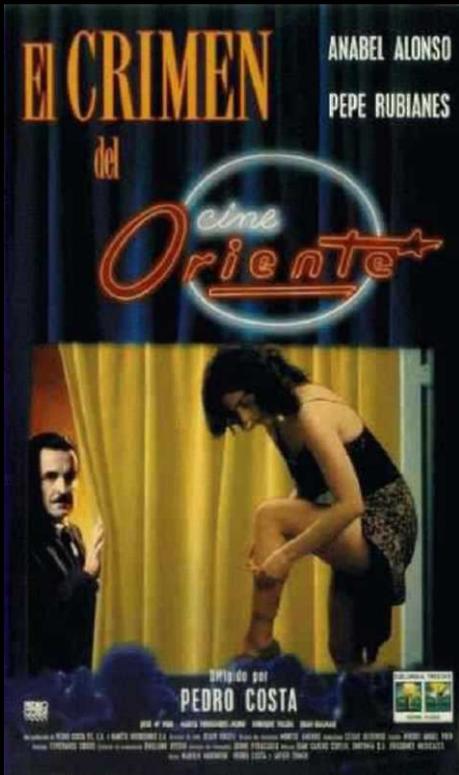
Vuelve a practicarse un nuevo, minucioso y metódico registro en casa del conserje en el que aparecen papeles idénticos a los que envolvían los restos humanos hallados; una barra de hierro con restos de pelos y sangre; una sierra; un cuchillo de carnicero, y finalmente, en el cuarto de los trastos, debajo de una viga, en el interior de una fresquera una caja de galletas conteniendo una cabeza humana cubierta de tierra y estiércol.

María ya no niega nada, cuenta que el 27 de junio, sobre las nueve de la mañana, tuvieron una riña; al empujarle, Salvador cayó de espaldas, golpeándose contra un pivote de una viga y murió en el acto. Como estaba completamente sola puso manos a la obra e intentó deshacerse del cadáver. Provista de sierra y cuchillo lo descuartiza con increíble rapidez y destreza. Forma tres lotes:

- el primero contiene las extremidades, lo arroja en la acequia cercana a la vía férrea;

- el segundo, el del tronco, lo abandona con demasiada precipitación en la esquina de la calle Sueca, porque la putrefacción avanza y además aprovecha la ausencia del vigilante nocturno al ser llamado,
- el tercero, la cabeza, la oculta en el cuarto donde es hallada al practicar el registro.

El descuartizamiento acelera la descomposición, aunque recibe un respiro gracias a la inconsciente ayuda del dueño del cine con aquello de las ratas muertas. La incesante quema de espliego induce a los investigadores a practicar el registro final. Difícil resulta creer su versión de los hechos, hay una barra con restos de pelos y sangre, además el cráneo del cadáver no presenta ninguna contusión en la parte occipital.



Como curiosidad técnica señalar que los funcionarios del Gabinete de Identificación de la Jefatura de Valencia consiguen las necroimpresiones digitales, al desprender la piel palmar del cadáver en forma de guante y someterla a tratamiento de deshidratación y endurecimiento por espacio de unos días. Confrontados los necrodactilogramas con las tarjetas decadactilares obrantes en los archivos del Gabinete valenciano, son identificadas como pertenecientes a Salvador Rovira Pérez, casado, chofer, hijo de Salvador y de Carmen, natural de Beniel (Murcia), domiciliado en Valencia, calle Sueca, nº 22. Ignoraba cuando fue reseñado decadactilarmente, el 29 de julio de 1947, que sus impresiones dactilares servirían para reconocer sus restos cadavéricos y pasar a los anales del crimen como el descuartizado del cine oriente.

